

Sr. Fernando Wagner,
Teatro del Bosque.

Herr Wagner:

Seguramente le extrañará recibir una carta nuestra, puesto que no nos conoce, y de esto último nos convencimos plenamente la noche en que usted llevó de nuevo a un escenario nuestra querida comedia intitulada *Un sombrero de paja de Italia*. Su incomprensión de dicha obra nos hace temer que un atavismo invencible en usted se haya impuesto en su dirección y, por ser nosotros franceses que asistimos con pena y dolor a la guerra franco-prusiana de 1870, vemos en cada *boche* (sin ánimo de ofender) a un enemigo. Pero creemos estar diciendo tonterías, puesto que no tenemos en cuenta los años transcurridos, y lo que para nosotros fue la actualidad, para usted no es más que historia. Quizá por ello hablamos antes de atavismo. Perdone usted estas digresiones y olvidémonos de viejas rencillas para tratar únicamente del aspecto teatral, que interesa tanto a usted como a nosotros. *Un sombrero de paja de Italia* la escribimos en 1850 y posteriormente ese genio diabólico que trastornó al mundo entero con su música, el inolvidable Jacques Offenbach, le añadió algunas canciones y bailes para convertirlo en un auténtico *vaudeville*. (No en la errónea acepción que tienen ustedes ahora del *vaudeville*, o sea toda comedia de corte "picante", sino en la verdadera, o sea tan sólo una comedia de enredo con números musicales.) El estreno tuvo lugar en el Théâtre de la Montausier de París, el 14 de agosto de 1851, y fue tal el buen éxito alcanzado, que desde entonces quedó como una de las obras maestras del género. Hace ya más de cien años que se representa en todos los teatros del orbe. ¡Cómo pasa el tiempo!

Cuando por medio de los diarios que leemos en la Hemeroteca Celestial nos enteramos que *El sombrero* . . . iba a resucitarse en México, país en el que hacía muchos años que no se presentaba, solicitamos de las Autoridades Superiores (para ustedes sigue siendo San Pedro, pero ya no es así, porque aquí también hay cambios políticos y se ha adoptado la doctrina de la no reelección) para

desplazarnos hacia el llamado Teatro del Bosque y asistir a la función. El permiso nos fue concedido y llegamos muy contentos, después de un viaje tranquilo, al local mencionado. ¡Pero, oh grave error!, no tuvimos en cuenta que en la Tierra existen las variaciones climatológicas, y sólo llevábamos encima las túnicas semirromanas que se estilan por acá. Como usted podrá figurarse, a los pocos minutos dábamos diente con diente, y comentábamos que de todos los teatros que conocemos, y conocemos bastantes, ese Del Bosque era el más frío del mundo. Nos acercamos lo más que pudimos a unas rejillas que despedían un remedo de calor y a las que en los programas se anunciaba como “calefacción”, y nos dispusimos a ver nuestra creación.

¡Oh, Herr Wagner!, ¿qué le hicimos nosotros, pobres autores muertos hace ochenta años, para que se ensañe de ese modo en contra de nuestra comedia? ¿Por qué le dio usted esa dirección de farsa desbocada, enloquecedora, absurda, que más parecía una de esas caricaturas animadas que se proyectan en lo que ustedes llaman cine? Toda la gracia que pusimos en las situaciones, se perdía por completo ante aquel constante ir y venir sin ton ni son. Es cierto que nuestra obra exige agilidad, pero no es un torneo de carreras para que el diálogo no se escuche. ¡Algunos de los actores, sobre todo el pobre señor Alcaraz, no podía hablar de la sofocación! Está bien que se estén preparando allá en México para los Juegos Olímpicos, pero no deben hacerlo sobre un escenario y ante un público que va a ver teatro, no competencias. ¡Y luego ese vestuario! ¡*Mon Dieu!*, ¿es que acaso no sabe usted cómo nos vestíamos al mediar el siglo xix? Cuando salió la baronesa de Champigny vestida de los años treinta del siglo que corre, mejor sonreímos en lugar de enfadarnos. Sin embargo, el vestuario es poca cosa comparado con la dirección y, sobre todo, las actuaciones. ¡Pero si habíamos leído en los diarios de 1957 que el actor Sergio Bustamante, se había revelado como un eminente artista en la obra *Calígula*, y luego, años después, en una pieza policiaca intitulada *Cuando oscurezca!* ¿Eso es lo que se considera ahora un buen actor? Creemos que las diferencias entre el bien y el mal han variado mucho en los últimos años. El señor Bustamante, como en *El alquimista* y en otras comedias, no estuvo gracioso, sino que se hacía el gracioso, que es muy

distinto, y no lo conseguía por más gesticulaciones y entonaciones que ensayaba, y al ver que el público permanecía tanto o más frío que el teatro, exageraba más y más hasta caer en los extremos usados por los pobres cómicos de carpa ambulante. Era indignante ver cómo destrozaba el hermoso personaje de Fadinard. Y luego la señora Barret sin saberse una palabra del diálogo, y un señor Pitouto, y un señor Quiroga, y el inefable señor Santaella, y el afectado señor Sotelo en un papel todo fuerza cómica, hicieron que nuestra indignación fuese subiendo de punto hasta tal grado que, usando nuestros poderes extraterrenales que poseemos todos los que moramos en otra dimensión, provocamos un temblor de tierra con la esperanza de que la representación fuese suspendida. ¡Pero ni por ésas! Los actores y el director continuaron con todo sadismo la pulverización de nuestra obra. Franca-mente, teníamos otra idea del movimiento teatral en México, y emprendimos el viaje de regreso decepcionados, iracundos, tristes y . . . helados.

Herr Wagner, la música de Offenbach no se escribió para piano solo. Por el contrario, necesita de una gran orquesta porque es todo animación, y color, y alegría. Si no se tenían los fondos suficientes para contratarla, lo más sensato hubiese sido suprimir los números musicales, que la comedia no hubiera perdido nada y en cambio no se daría ese aspecto de mediocridad, de “quiero y no puedo”. Pero, en fin, nada ganamos con quejarnos, que los muertos no pueden defenderse. Agradecemos al señor López Mancera el esfuerzo que tuvo que hacer para lograr una escenografía aceptable con tan escaso presupuesto, y al señor Reyes de la Maza el que nos haya cedido el espacio de su crónica teatral para publicar esta carta, puesto que ahora que están de moda entre ustedes los “movimientos de protesta”, nosotros no quisimos ser menos.

Reciba usted, señor Wagner, y usted, señor Bustamante, y todos ustedes, señores actores que nos causaron tanta pena, la ira de estos dos pobres autores franceses que suplican se olviden de ellos y no vuelvan a montar sus deliciosas comedias que han hecho reír a cinco generaciones.

Eugène Labiche y Marc Michel

18 de febrero de 1968